

EJEMPLO.

Luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona.

Brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras.

(MATTH. V, 16.)

El Evangelio nos dice, que San Juan Bautista envió á Jesús dos de sus discípulos, para saber, por él mismo, si era el Mesías esperado; no porque dudase de esta verdad, pues la habia anunciado clara y solemnemente, sino para que sus discípulos se instruyesen en ella por sí mismos, y se convenciesen por sus propios ojos. El Salvador, correspondiendo á los deseos de su precursor, hizo muchos milagros en presencia de aquellos enviados, y les dijo: Id á contar á Juan lo que acabais de oír y ver: decidle, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen, y los muertos resucitan (Luc. vii, 22).

Esta accion del Salvador, que se dá á conocer á los discípulos de San Juan por sus obras, nos enseña, que el testimonio de nuestros actos es siempre el más seguro; y que nada impresiona tanto los corazones y entendimientos, como la fuerza del buen ejemplo; de lo cual sacamos esta importante verdad, á saber: que nosotros estamos todos obligados á guardar una vida ejemplar y edificante; que este es el mejor medio, y al propio tiempo el más fácil, para contribuir á la gloria de Dios y á la utilidad del prójimo. No todos son apóstoles para predicar las verdades del Evangelio, ni doctores para defenderlas con sus escritos; pero todos pueden y deben sostenerlas con la santidad de su vida. Jesucristo nos dice, que con una vida ejemplar y edificante procuremos que nuestros hermanos glorifiquen á nuestro Padre celestial. Procuremos, pues, edificarnos unos á otros. Para esto quiero hoy demostraros, el bien que produce el buen ejemplo. Espero que, considerando su utilidad, procurareis edificar á vuestros hermanos con una vida enteramente cristiana. Pidamos ántes la gracia, por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Dos son, segun San Ambrosio, los principales efectos del ejemplo: corrige, y aprovecha al mismo tiempo: *Corrigit, et prodest* (AMBR.

IN PSALM. CXVIII). Aprovecha, porque contribuye á la gloria de Dios y de la religion; corrige, porque hace callar á los libertinos y lleva los pecadores á Dios. ¡Ah! cuántos bienes produce el buen ejemplo! Procura la gloria de Dios y la de la religion, que es inseparable. ¿Qué es lo que en el principio de la Iglesia atraía los infieles á la fé, y lo que ganaba el corazon de los gentiles? Era la santidad y el buen ejemplo de los primeros cristianos: brillaban en medio de una nacion depravada y corrompida, como los astros en el firmamento; y su vida era como un compendio del Evangelio; es decir, que para seguir el Evangelio y las máximas que propone, bastaba ver á los primeros cristianos; su vida era como una escuela pública y una academia de todo género de virtudes. Su exterior y su modestia eran suficientes para sonrojar al vicio, como dice Tertuliano: *De occursu meo vitia suffundo: quis non cœmulum suum cum videt patitur?* (TERT. DE PALLIO. CAP. VI). Esto es lo que movia á los gentiles, cuando llegaban á comparar sus costumbres desarregladas, con las admirables virtudes de los verdaderos siervos de Dios; naturalmente, veíanse obligados á reflexionar. Para convencerlos de ello, no quiero ponerlos más que un ejemplo, y es el de San Pacomio, célebre solitario: habia nacido este santo en la Tebaida, de padres infieles y muy sinceros adoradores de los idolos; en la edad de veinte años, se alistó por soldado para la guerra de Constantino contra Majencio, y se embarcó, con otros muchos; por la tarde, arribó á una villa, cuyos habitantes, compadeciéndose de estos jóvenes llevados á la guerra contra su voluntad, los asistieron y socorrieron con todo lo necesario. Pacomio preguntó, quiénes eran aquellas gentes tan caritativas; y se le respondió, que eran cristianos. ¿Qué significa ese nombre? replicó Pacomio, y se le dijo, que eran unas gentes que creían en Jesucristo único Hijo de Dios, y que procuraban hacer bien á todos, con la esperanza de ser recompensadas en la otra vida. Pacomio, movido de esta respuesta, levantó las manos al cielo, y prometió á Dios hacerse cristiano (FLEURI, *Hist. Eccl. ann. 313*).

Este es el medio por el cual nuestra santa religion hizo tantos progresos. En vano se perseguia y daba la muerte á los cristianos; se aumentaba su número todos los dias. Los hijos de los pró-cónsules y de los prefectos, eran los primeros á decir: *yo soy cristiano*. Las mujeres, los criados y las criadas, corrian de tropel á la muerte: sus verdugos y sus carceleros se postraban á sus piés, y les pedian el bautismo; tanta era la impresion que su vida hacia en los idólatras. La gracia se servia del buen ejemplo que ellos daban, como de un medio exterior para ganar las almas; y este buen ejemplo, en cierto modo, movia aún más, que los milagros que obraban; á no ser que digamos, que sus milagros ven-

cian al entendimiento, y su vida ejemplar ablandaba los corazones. Se quejan algunos, de que en nuestros dias se ven pocas conversiones, mas, yo no lo extraño. Vuestros escándalos, cristianos desreglados, son, sin duda, la causa: vuestros excesos en la comida y la bebida, vuestras disoluciones, vuestras injusticias, los fraudes que se cometen en el comercio, el abuso y la profanación de las fiestas, etc., son lo que inutiliza la predicación del Evangelio. Determinémonos, pues, á reformar nuestras costumbres y á dar buen ejemplo: por este medio, no solo contribuiremos al progreso de la religion, sino tambien haremos callar á los libertinos, que se oponen á él.

La principal respuesta que debemos dar á las objeciones de los licenciosos, es darles buen ejemplo. Oigamos, sobre este punto, el importante consejo que nos dá San Pedro (I PETR. II, 11): Yo os suplico, queridos míos, con todo mi corazón, que como extranjeros y peregrinos que sois en este mundo, os abstengais de los deseos carnales, que combaten contra el alma, llevando una vida ajustada entre los gentiles, á fin de que, por lo mismo que os censuran como á malhechores, reflexionando sobre las obras buenas que observan en vosotros, glorifiquen á Dios, en el día en que Dios les ilumine con su gracia. Sed, pues, por el amor de Dios, exactos en el cumplimiento de vuestros deberes: porque es voluntad de Dios, que con el buen ejemplo cerreis la boca á los ignorantes é insensatos.

Los gentiles de que habla San Pedro ¿eran acaso ménos temibles, que los innumerables licenciosos que vemos en nuestros dias? El mayor placer de estos miserables consiste, en poder criticar y censurar á los que hacen profesion de piedad; y como creen que con esto autorizan sus desórdenes, salen fuera de sí cuando les ven caer en algun defecto. Si un sacerdote tiene algun descuido, ellos lo publican por todas partes: los que lo esparcen son, á la verdad, unos imprudentes y unos ignorantes; pero imprudentes é ignorantes que hallan quienes les dé oídos. Los flacos se escandalizan de ellos, los malos se regocijan, se ofende á Dios, se desacredita la virtud y se deshonor la Religion. ¿Qué remedio para este mal? ¿Qué quiere Dios que hagais en semejante caso? Vedlo aquí: La voluntad de Dios es, que vindiqueis á la Religion de la injuria que se la hace, atribuyéndola los desórdenes que condena: que hagais ver, que el cristianismo es más santo de lo que se piensa: que si en él hay deshonestos, tambien los hay castos; que si hay vengativos, tambien hay mansos y pacíficos: que si los impíos se arrodillan delante de Baal, los verdaderos devotos adoran al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. La voluntad de Dios es, que si en lo pasado os habeis abandonado á las mismas pasiones que los licencio-

sos, mudeis de vida; de tal suerte, que viéndoos muy otros, extrañen mucho, que no concurrais ya con ellos á los mismos desórdenes de torpeza y os llenen de vituperios: *In quo admirantur, non concurrentibus vobis in eandem luxuriam confusionem, blasphemantes* (I PETR. IV, 4). Por este medio impondreis silencio á los impíos, y aún digo más: atraeréis á los pecadores al cumplimiento de sus obligaciones.

2. Porque ¿cuántos hay que saben lo que deben hacer, que quisieran hacerlo, que vacilan en la senda de la salvación, y que solo pueden determinarse á abrazarla por medio del buen ejemplo! Son semejantes á San Agustín, cuando era aún pecador: no le faltaban luces, pero le faltaba resolución; conocía cuanto le importaba el ser casto, pero no amaba aún la castidad; preveía que si no se convertía, sería condenado; no obstante, difería su conversión. ¿Qué es lo que le determinó? El mismo lo dice en sus Confesiones (AUG. LIB. VIII CONF. CAP. V): el ejemplo que le propuso Simpliciano su amigo. ¡Oh, y qué pocos hay hoy, que se puedan contar por tales! Hallareis fácilmente muchos falsos amigos: amigos de mesa, que lisonjean vuestras pasiones y vuestros deseos desreglados; amigos, que hallando su interés en contribuir á vuestras locas profusiones, os impidan que los abandonéis. Mas ¿dónde está el verdadero amigo que os diga: mira por tí; la vida es corta, los juicios de Dios son terribles, etc.? Pero volvamos á Simpliciano, verdadero amigo de San Agustín, quien no perdonó medio alguno para contribuir á su conversión; mas el medio más eficaz de que se valió, fué el ejemplo de Victorino, que siendo orador y pecador, como él, acababa de romper todas sus cadenas y comunicaciones escandalosas, para entregarse á la continencia, á la humildad y á las mortificaciones de la vida cristiana. Esta conversión, Dios mío, exclama San Agustín, me hizo tanta fuerza, que al punto me resolví á imitarla: *Sed ubi homo tuus Simplicianus de Victorino ista narravit excarsi ad imitandum*. Entónces, añade, me dije á mí mismo: Qué, Agustín, ¿no podras tú hacer lo que hicieron tantas personas ilustres por su mérito y por su nacimiento? (AUG. LIB. VIII CONF. CAP. XI). *Tu non poteris quod isti, quod istæ?* Yo me imaginaba aún, que veía la castidad, que con un semblante grave, pero afable y cariñoso, extendía para abrazarme sus piadosas y caritativas manos, llenas de todo género de buenos ejemplos: *Extendens ad me suscipiendum, et amplectendum piæ manus plenas gregibus bonorum exemplorum*. No fué necesario mas para fijar mis irresoluciones y serenar mis inquietudes. Sigamos cuanto ántes, amados oyentes, sigamos tan buenos ejemplos, y hagamos, con la gracia del Señor, lo que hicieron

otros muchos, ántes que nosotros. Así lleva el buen ejemplo los pecadores á Dios.

Concluyo, hermanos míos, con estas palabras de S. Pablo á los romanos (ROM. xv, 2). *Unusquisque vestrum proximo suo placeat in bonum ad ædificationem.* Procure cada uno agradar á su prójimo, no por medio de bajas y criminales complacencias, que lisonjean al pecador, para que permanezca en el mal, como sucede por lo común, sino por una vida arreglada é irreprochable, que le incline á lo bueno: *in bonum ad ædificationem.* Demos todos ejemplos de virtud, seamos en todo lugar buen olor de Jesucristo. Vosotros, pastores, magistrados, y todos los que teneis alguna autoridad, estais obligados á dar buen ejemplo á los que la divina Providencia confió á vuestro cuidado. Vosotros, padres y madres, debéis dárselo á vuestros hijos, para educarlos santamente. Vosotros, señores y señoras, debéis dárselo á vuestros domésticos, si quereis que sean verdaderos siervos de Dios. Los que con vuestros desórdenes habeis escandalizado á los flacos, estais obligados, sobre todo, á edificarlos. Finalmente, todos debemos dar buen ejemplo, pues con todos sin distincion habla el Apóstol, cuando dice: *Unusquisque vestrum proximo suo placeat in bonum ad ædificationem.* Ea, pues, hermanos míos, valor: apliquémonos á edificarlos unos á otros, y á obrar de tal suerte, que la vida de Jesucristo se deje ver en todo el cuerpo de nuestras acciones. De este modo destruiremos el reino del pecado, y estableceremos el de la virtud: animaremos á los tímidos; fortificaremos á los débiles; haremos callar á los libertinos; obligaremos á los pecadores á convertirse; alegraremos y consolaremos á los buenos; ganaremos verdaderos adoradores á Jesucristo, y dignos hijos á su Iglesia; nos santificaremos á nosotros mismos, y trabajaremos en la santificacion de los demás; agradaremos á Dios, y mereceremos los bienes que nos ha prometido. Así os lo deseo.

EJEMPLO DE LOS GRANDES.

Ecce positus est hic in ruínam, et in resurrectionem multorum.

Este niño que ves, está destinado para ruina y para resurreccion de muchos.

(Luc. II, 34.)

El santo Simeon, al tomar en sus brazos á Jesús, dijo, que aquel niño seria la ruina y la resurreccion de muchos en Israel. Este es tambien el destino de los grandes de la tierra; han sido constituidos para ser la ruina ó la salvacion de los demás hombres; y cuando el cielo los envia al mundo, puede muy bien decirse, que su misericordia ó su justicia dispone á los pueblos un público beneficio ó un público castigo. Los ejemplos, milagros y la doctrina del Salvador sirvieron para asegurar la salvacion á muchas ovejas de Israel, y solamente fueron ocasion de escándalo y ruina para aquellos judíos, á quienes su incredulidad hizo más inexcusables. ¡Felices los grandes del mundo, si su santidad fuera ocasion de censura y escándalo solamente para los hombres perversos; y si sus ejemplos, como los de Jesucristo, solo sirvieran de escollo y condenacion para el vicio, haciéndolo más inexcusable, y sirviendo de apoyo y modelo á la virtud!

Vosotros, pues, á quienes la Providencia ha colocado sobre los demás hombres, no olvidéis jamás, que habeis sido constituidos para la ruina ó para la salvacion de muchos. Vuestros ejemplos quedan comprendidos, sin excepcion, en esta inevitable alternativa: no podeis perderos ni salvaros solos. Esto es lo que me propongo demostraros. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. Así como la primera inclinacion de los pueblos es imitar á los grandes, así tambien la primera obligacion de los grandes debe ser dar buenos ejemplos á los pueblos. Los hombres regulares parece que solo nacieron para sí solos: sus vicios ó sus virtudes son tan

oscuros como su nacimiento: como se hallan confundidos con la multitud, no ve el público si caen, ó si permanecen firmes; su salud ó su perdición se ciñe únicamente á sus personas; y aunque con su ejemplo engañen ó aparten á algunos de la virtud, nunca pueden con él autorizar el vicio. Al contrario, los grandes: parece que solo nacieron para los demás; la misma clase que los distingue, los propone por modelos: sus costumbres sirven de regla á las costumbres del pueblo: suponemos que los que son merecedores de nuestros respetos, no son indignos de nuestra imitación: la multitud no tiene más ley que el ejemplo de los que mandan: copia el público la vida de los grandes; y si sus vicios hallan censores, es regularmente entre aquellos mismos que los imitan. Y así, la misma grandeza que favorece á las pasiones, las refrena y oprime; y cuanta mayor libertad parece darnos la elevación, por la autoridad que la acompaña, más nos quita con sus respetos.

Pero ¿de dónde nacen estos inevitables efectos, que el ejemplo de los grandes produce siempre en los pueblos? Vedlo aquí, oyentes; en los pueblos proviene de la vanidad y deseo de agradar á los grandes, y en éstos de la soberanía y proporción que tiene para perpetuarlos en el pueblo. He dicho, que en los pueblos proviene de la vanidad; sí, amados oyentes: el mundo, que siempre ha sido incomprensible, en todos tiempos ha cargado de ignominia, tanto al vicio, como á la virtud: se burla de los justos, y al mismo tiempo llena también de injurias á los pecadores: y con una inconstancia, propia solamente de su capricho, ha hallado el secreto de hacer, á un mismo tiempo, despreciable el vicio, y ridícula la virtud: los ejemplos, pues, de disolución en los grandes, al mismo tiempo que autorizan el vicio, ennoblecen su infamia y su ignominia, y le quitan el desprecio que en él halla el público: sus pasiones son para los pueblos nuevos títulos de honor, y solamente la vanidad los puede dar imitadores. El pueblo, respetuoso para con los grandes, se precia de copiar sus costumbres: todo le parece honroso cuando sigue estos grandes modelos. El ciudadano desconocido, imitando la libertad de los grandes, se persuade que pone á sus pasiones el sello de la grandeza y nobleza; y solamente la vanidad perpetúa el desorden, de que aún el mismo gusto se cansa muy presto.

Pero, en un estado en donde los grandes adoran á Dios, todo se halla bien ordenado; luego que es honrada la virtud, halla muchos ejemplos que la imiten. Los justos no temen la burla que de ella suele hacer el mundo, y que es el escollo de tantas almas flacas: se teme á Dios, sin temer á los hombres: el desorden no se atreve á parecer á

cara descubierta: se ve obligado á ocultarse ó á cubrirse con apariencias de prudencia: la libertad de las costumbres no se halla defendida con la autoridad pública; y aunque no se desarraiguen los vicios, á lo ménos, se minoran los escándalos: en una palabra, las obligaciones de la religión hacen parte del buen orden de la república, y se miran como cosa necesaria, aún según el mundo. Puede ser, que todavía se hallen algunos hombres corrompidos, que nieguen á Dios su corazón, pero, á lo ménos, no se atreverán á negarle sus exteriores respetos: en una palabra, todavía puede ser, que sea más fácil el perderse, pero, á lo ménos, no se mirará como ignominia el salvarse. Pues, aún cuando el ejemplo de los grandes no sirviera más que de autorizar la virtud, de hacerla respetable en la tierra, de quitarla aquella impía y bárbara nota de ridiculez, que la atribuye el mundo, de defender á los justos de la tentación de las burlas y censuras, de hacer ver, que no puede ser cosa vergonzosa para el hombre el servir al Dios, que le crió y le conserva; que el culto que se le tributa es la obligación más gloriosa y de más honor para la criatura, y que el título de siervo del Altísimo es infinitamente mayor y más apreciable que todos los títulos vanos y pomposos que rodean las diademas de los soberanos; aún cuando el ejemplo de los grandes no tuviera más utilidad que ésta, ¿qué honor no hacen con él á la religión, y qué abundancia de bendiciones no trae sobre los imperios? ¡Dichoso el pueblo, que puede imitar á aquellos á quienes tiene obligación de respetar, que en su ejemplo aprende á obedecer las leyes, y que no tiene necesidad de apartar su vista de aquellos á quienes debe sus respetos!

Pero, aún cuando el ejemplo de los grandes no hallara en la vanidad de los pueblos una imitación siempre segura, el interés y el deseo que éstos tienen de agradarlos, les daría tantos imitadores de sus acciones, cuantos son los pretendientes que, por razón de su autoridad, aspiran á merecer sus gracias. El joven rey Roboam se olvida de los consejos de un padre, que fué el más sabio de todos los reyes: llama para ocupar los primeros puestos del reino á una juventud inconsiderada, y ésta, al mismo tiempo que participa de sus gracias, imita sus desórdenes. Los grandes gustan de ser aplaudidos; y como la imitación, entre todos los aplausos, es el más halagüeño y el ménos equívoco, luego que procuramos parecernos á ellos, estamos seguros de agradecerlos: se alegran de hallar en sus imitadores apologistas de sus vicios, y buscan con gusto, entre las cosas que los rodean, medios con que poderse asegurar contra sí mismos. Y así la ambición, cuyos caminos son tan largos y penosos, se alegra al ver que ha hallado uno más corto y fácil: el deleite, que regularmente es irreconciliable con

la fortuna, la sirve de artifice y de instrumento; las pasiones, á las que tanto favorece nuestra inclinacion, hallan en la esperanza de la recompensa un nuevo atractivo que las anima: todos los motivos se unen contra la virtud; y así, si es cosa muy difícil el defenderse contra el vicio, que agrada, ¿qué difícil no será el librarse de él cuando, además de agradarnos, nos hace honor? Esta es la desgracia de los grandes, que se dejan arrastrar de sus injustas pasiones; su ejemplo corrompe á todos aquellos que están sujetos á su autoridad; al mismo tiempo que les distribuyen sus gracias, les comunican sus costumbres; todos los que dependen de ellos, quieren vivir como ellos.

Mas, si en los grandes ocupa la piedad y la justicia el lugar de la libertad y de las pasiones, ¿qué fuente de bendiciones no derrama sobre los pueblos! En este caso, la virtud es la que distribuye las gracias, y la que únicamente las recibe: los honores van á buscar al hombre sábio que los merece y que huye de ellos, y huyen del que está entregado á la iniquidad y que los busca: cada uno procura ser útil al público; y toda la habilidad de la ambicion se reduce á merecer los puestos á que aspira: en una palabra, se hallan aliviados los pueblos, defendidos los flacos, despreciados los viciosos, y honrados los justos. Dios es bendecido en los grandes que ocupan su lugar en la tierra; y aunque el deseo de agradarlos pueda formar hipócritas, además de que, tarde ó temprano, viene á caerse la máscara, y de que la hipocresía siempre se hace traicion á sí misma por alguna parte, á lo ménos, tributa el vicio á la virtud el vasallaje de quererse honrar con sus apariencias. Estos son los efectos que el ejemplo de los grandes produce en los pueblos, atendiendo á la vanidad y deseo de agradarlos que en ellos se halla; pero, por parte de los grandes, la autoridad y proporcion que tienen para generalizar sus costumbres, son como la señal del vicio ó de la virtud entre los hombres.

2. Llamo autoridad á aquel dominio que los grandes tienen sobre los demás: ¿á cuántos ministros de sus pasiones llevan tras sí como compañeros de su condenacion y de su suerte! Si se hallan poseidos de un desordenado amor á la gloria mundana, todo les inspira la desolacion y la guerra: y entónces ¿cuántos pueblos se sacrifican al idolo de su vanidad! ¿de cuántas calamidades públicas son los únicos autores! ¿Qué desgracia es también, cuando el amor á los deleites vence en los grandes al de la vanagloria! ¡Ah! entónces todo sirve á sus pasiones, todos anhelan á que las vean satisfechas, todo facilita la consecucion de lo que apetecen, todo aviva los deseos, y todo ofrece nuevas armas á la sensualidad. ¿Qué dignos son de lástima los grandes! Las pasiones, que en los demás hombres suelen debilitarse con el tiempo,

se perpetúan en ellos, por los muchos arbitrios que tienen para fomentarlas: los disgustos, inseparables del desórden, se avivan en ellos con la diversidad de placeres: la confusion é inquietud que los rodea, no dá lugar á las reflexiones, ni les deja un instante solos. Aún los profetas del Señor se acobardan al acercarse á ellos: todo les está siempre representando su grandeza, y todo les manifiesta su poder, sin que nadie se atreva á hacerles ver, aún desde léjos, sus flaquezas.

A la extension de su autoridad se puede añadir también la de su fama: la impresion y el contagioso efecto de su mal ejemplo, no se ciñe solamente á su nacion: los grandes sirven de espectáculo á todo el universo: sus acciones pasan de boca en boca, de provincia en provincia, y de nacion en nacion: nada hay en su vida que se oculte; todo se manifiesta al público: todo el mundo participa de sus virtudes ó de sus vicios: son, si es licito decirlo así, ciudadanos de todo el universo: los sucesos que acaecen en todos los pueblos traen su origen de su ejemplo: y así, en la presencia de Dios, son responsables de la justicia ó de las iniquidades de las naciones; y sus vicios ó sus virtudes se extienden aún más allá de su imperio.

Pero los grandes no solamente son responsables á los hombres de su siglo; su ejemplo tiene cierto carácter de perpetuidad que interesa á los siglos futuros. Los vicios ó las virtudes de los demás hombres regularmente mueren con ellos: su memoria perece con sus personas: solamente en el dia de la manifestacion será cuando se hagan patentes sus acciones á vista de todo el universo; pero entretanto sus obras quedan sepultadas, y descansan en la oscuridad del mismo sepulcro que sus cenizas. Pero los grandes son para todos los siglos: su vida, por la conexion que tiene con los sucesos públicos, pasa con ellos de edad en edad: sus pasiones, ó conservadas en públicos monumentos, ó immortalizadas en nuestras historias, ó celebradas en poesías lascivas, servirán de lazos aún á la posteridad más remota: las disoluciones de los grandes nunca mueren: sus ejemplos estarán predicando el vicio ó la virtud, aún á nuestra más remota posteridad; y la historia de sus costumbres durará tanto como la de su siglo.

¡Ah! ¿en qué felices empeños no pone á los grandes la clase de su estado para seguir la piedad y la justicia? Aunque hallen en él más facilidades para el vicio ¿qué poderosos motivos no hallan también para seguir la virtud? ¿Qué emulacion más noble puede haber, que la de dejar unos ejemplos, que serán públicos monumentos de la justicia y de la virtud? ¿Qué mayor dicha, que el saber, que nuestros ejemplos han de formar una sucesion de virtud y de temor de Dios entre los hombres, y que de nuestras mismas cenizas han de nacer, de

siglo en siglo, unos que han de ser semejantes á nosotros? Este es el destino de los grandes.

No permita el Señor que le olviden: ¡Dios mio! Haced que los grandes del siglo os teman, y que caminen á vuestra vista con inocencia, para que con su ejemplo hagan amables las virtudes, y con la observancia de vuestra santa ley seamos todos felices en este mundo, y bienaventurados en la pátria celestial, que á todos os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

EJEMPLO.—Todo buen católico está obligado á ayudar á su prójimo con sus ejemplos.

Todo buen católico debe aprovecharse de los ejemplos que le dá su prójimo.

EJEMPLO.—Es una deuda comun que no podemos encargar á los demás.

Los que están constituidos en posicion superior, la deben pagar con mayor exactitud.

Las personas más celosas son las que deben dar mayor ejemplo.

EJEMPLOS.—Los ejemplos nos deben confirmar en la fé.

Los ejemplos deben inspirarnos temor.

Los ejemplos deben consolarnos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Adolescentibus exemplum forte relinquam. II Machab. vi, 28. Dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza.

Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cælis est. Idem ibid, 46. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.

Vide ergo, ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Luc. xi, 33. Cuida, pues, de que la luz que hay en tí, no sea ó no se convierta en tinieblas.

Providentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram hominibus. Rom. xii, 17. Procurando obrar bien, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres.

Unusquisque vestrum proximo suo placeat in bonum, ad ædificationem. Idem xv, 2. Cada uno de vosotros procure dar gusto á su prójimo en lo que es bueno, y puede edificarle.

Omnia ad ædificationem fiant. I Cor. xiv, 26. Hágase todo para edificacion de los fieles.

Christi bonus odor sumus Deo, in his qui salvi fiunt, et in his qui pereunt: aliis quidem odor mortis in mortem, aliis autem odor vitæ in vitam. II Cor. ii, 15. Nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios, así para los que se salvan, como para los que se pierden: para los unos, olor mortífero que les ocasiona la muerte, para los otros, olor vivificante que les causa la vida.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Es muy eficaz y saludable el buen ejemplo, mayormente cuando nos lo dan los grandes ó ancianos. En el libro segundo de los Macabeos vemos, el valor heroico que mostró Eleázaro, anciano y doctor del pueblo, prefiriendo la muerte á todas las promesas de los que le inducian á infringir la ley divina, no solo con el fin de evitar los castigos de Dios, sino con el de dejar un buen ejemplo á los más jóvenes de su nacion: *Adolescentibus autem*, dijo, *exemplum forte relinquam* (c. vi).

Véanse tambien los ejemplos de virtud y valor que dieron, en medio de sus tormentos, los siete hermanos Macabeos, con su ilustré madre. (IBID. CAP. VII).

Para la influencia y fatales consecuencias de los malos ejemplos, véase ESCÁNDALO.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Qui in conspectu populi male vivit, quantum in illo est, eum, à quo attenditur, occidit. S. Aug. lib. de past. El que vive mal á la vista del pueblo, en cuanto es de su parte, dá la muerte del alma al que le observa.

Non tantum curemus habere bonam conscientiam, sed quantum potest nostra infirmitas, quantum vigilantia fragilitatis humanæ, curemus nihil etiam facere, quod veniat in malam sus- No cuidemos solamente de conservar una conciencia pura, sino tambien, en cuanto lo permita nuestra debilidad y la vigilancia de la humana flaqueza, debemos abstenernos de todo lo que podria

picionem infirmo fratri. Idem, in lib. de ovibus.

In plerisque justi aspectus admonitio correctionis est, perfectioribus letitia est. S. Ambr. in Psalm. Beati immac.

Sit opus in publico, quatenus intentio maneat in occulto: ut et de bono opere proximo præbeamus exemplum, et tamen per intentionem, qua Deo soli placere quærimus, semper optemus secretum. S. Gregor. Hom. 11.

Sunt nonnulli, quos ad amorem patriæ cælestis plus exempla, quam prædicamenta succendunt. S. Greg. lib. 1 Dialog.

Qui in occulto bene vivit, sed alieno profectui minime proficit, carbo est: qui vero in imitatione sanctitatis positus, lumen rectitudinis ex se multis demonstrat, lampas est; quia et sibi ardet, et aliis lucet. S. Bern. sup. Ezech, hom. 5.

ocasionar malas sospechas á nuestros prójimos sencillos.

La presencia del hombre justo es, para muchos, una reprobacion, pero á los buenos les sirve de satisfaccion.

Sean públicas las buenas obras, con tal que la intencion sea oculta; para que así demos por ellas buen ejemplo al prójimo, y conservemos en el corazon la rectitud de intenciones, que nos hizo obrar solo por agradar á Dios.

Hay muchos que experimentan grandes deseos de su salvacion, más por los buenos ejemplos, que por las buenas palabras.

El que lleva una vida buena, pero oculta, sin dedicarse al provecho del prójimo, es como un carbon encendido; pero el que, dedicado á la práctica de la virtud, dá ejemplo á muchos, es como una lámpara encendida, porque arde en sí, y alumbra á los demás.

EJERCICIOS ESPIRITUALES.

(DISCURSO PARA INAUGURAR UNOS).

Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.

Yo la llevaré á la soledad, y la hablaré al corazon.

(OSE. 11, 14.)

La soledad de que habla el Profeta, es aquella soledad del alma, en que, segun S. Bernardo, el aire es más puro, el cielo más despejado, la luz más viva, la gracia más próxima y abundante; es aquella soledad, en que Dios se hace sentir más en el corazon, y en que el corazon se halla más dispuesto á las emociones de la fé y al enternecimiento de la devocion; es aquel baño de fortaleza, aquella saludable agua, en que se refrescan las almas; es aquella escuela celestial, á la que todos los hijos de Dios van á educarse en el ejercicio de las virtudes. ¡Oh mision! oh retiro! éste es tu carácter, tu sello divino!

Démonos prisa, cristianos: llegado es ahora el tiempo favorable, llegado es ahora el dia de la salvacion: *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis* (II Cor. 11, 6). Abandonemos por un momento el mundo, dejemos por algunos dias los cuidados, las penas de la tierra; salgamos de Babilonia, vayamos al desierto como el Salvador, entremos en el cenáculo como los Apóstoles: Ya es hora de despertarnos de nuestro letargo: *Hora est jam nos de somno surgere* (ROM. XIII, 11). Meditemos, durante estos dias bendecidos, sobre las grandes verdades de la fé, y aprovechemos el tiempo que se nos ha concedido para preparar nuestra salvacion. A esto quiero exhortaros, demostrándoos la utilidad de los santos ejercicios, y las disposiciones con que debeis practicarlos. Pidamos la gracia. A. M.

1. Nuestras palabras, amados hermanos, se dirigen especialmente, en esta circunstancia excepcional, á las ovejas perdidas de la casa de Israel, porque la gracia de los ejercicios es la gracia propia de los pecadores, la que, sobre todo, puede salvarles. El justo, sin duda alguna, se cree en el deber de recoger los frutos de esta gracia, á fin